



marcas una decadencia agonizante. Después de la toma de Constantinopla, Mahomet II sometió las provincias europeas del imperio griego. El Epiro y la Albania pudieron resistirle, gracias al valeroso Scanderberg, príncipe del Epiro. Mahomet quiso hacer la conquista de Hungría, pero fracasó el proyecto delante de Belgrado, defendida por Juan Hunyado y San Juan Capistran. Hizo una expedición contra Ródas y fué rechazado por los caballeros hospitalarios, dueños de la isla. Pero fué á destruir la Corintia, mientras que su flota hacia desembarcos en las costas de Italia, y se apoderaba de la ciudad de Otranto. Las conquistas de Mahomet en Asia dieron un golpe funesto al comercio de los venecianos y genoveses; y después de la destrucción del imperio griego de Trebisonda, el poderoso sultán se encontraba dueño de toda el Asia Menor. Sus contemporáneos le dieron el nombre de *Conquistador*. Mahomet II dotó de una administración regular á su imperio, estableciendo un gran número de funcionarios públicos, bajo la completa dependencia del sultán, que debía ser la única ley suprema. Para prevenir las turbulencias que pudieran estallar á la muerte de un sultán, dió una ley bárbara, que obligaba á cada príncipe turco, al subir al trono, á dar muerte á todos los hermanos y parientes, cuyas pretensiones pudieran ser un peligro para él. Pero Mahomet no consiguió completamente el fin que se proponía, y guerras intestinas destrozaron completamente el imperio Otomano.

Los dos hijos de Mahomet II, Bayaceto y Djem, se disputaron el trono por las armas. Triunfó el primero y se hizo proclamar en Constantinopla. Pretendió conquistar la Siria y fué derrotado completamente en Estiria. Hizo la guerra á los venecianos con poco éxito, y tuvo que hacer un tratado de paz con Ladislao VIII, rey de Hungría. Un temblor de tierra destruyó una gran parte de Constantinopla. Bayaceto destinaba el trono á su segundo hijo Ahmed; pero Selim, el tercero, apoyado por los genizaros, obligó á abdicar á su padre, que murió algunos días después de su abdicación, envenenado quizá por orden de su hijo.

Era un príncipe enérgico, pero cruel, y co-

menzó su reinado dando muerte á todos sus hermanos con sus hijos. Después hizo asesinar á más de cuarenta mil personas pertenecientes á la secta de los alitas, y mandó matar á todos los cristianos que rehusasen abrazar el islamismo. Estos invocaron la promesa que les había hecho Mahomet II de respetar su religión, y no fué ejecutada la orden de Selim, pero les fueron arrebatadas un gran número de iglesias. Conquistó la Asiria y la Mesopotamia; llevó después sus armas contra los sultanes de Egipto, cuyo país agregó al imperio Otomano, así como la Siria y la Palestina. El gobernador de la Meca reconoció su autoridad y consintió en pagarle tributo. Restableció, pues, Selim en parte el antiguo califato árabe, y añadió también la Moldavia á sus estados europeos preparando el camino á su hijo Soliman I, bajo el cual el imperio Otomano llegó al colmo de su poder y de su gloria.

Llamado por sus contemporáneos el *Magnífico*, se distinguía por su bravura y rara generosidad, á pesar de algunos actos de crueldad. Sus principales guerras fueron contra la Hungría, contra la isla de Ródas, contra la Persia, contra los venecianos y la isla de Corfú y contra la Moldavia.

Los sultanes de Constantinopla, que habían extendido su dominación hasta las fronteras de Hungría, codiciaban este país rico y próspero; las guerras intestinas que en él estallaron entonces favorecieron los proyectos de Soliman. Irritado éste porque los húngaros habían puesto en prisión á uno de sus embajadores, Soliman marchó contra ellos y se apoderó de la importante ciudad de Belgrado, considerada con razón como el principal baluarte contra los turcos. El ejército que dejó en Hungría mientras dirigía él mismo su flota contra Ródas, obtuvo escasos resultados. Soliman acometió una segunda expedición con un formidable ejército. El joven Luis II pereció en la sangrienta batalla de Mohaz; el vencedor tomó á Buda, capital del reino, y dió la corona á Juan Zapolya, gobernador de la Transilvania. Pero después de la retirada de los turcos, gran parte de la nobleza húngara elevó al trono á Fernando de Austria, hermano de Carlos V, que



había casado con la hermana de Luis II. Zapolya fué vencido é imploró el auxilio de Soliman, que invadió la Hungría por tercera vez. Nada pudo resistir al conquistador: Buda se rindió y Zapolya fué instalado en ella. El sultán marchó entonces sobre Viena y la puso sitio; pero los sitiados se defendieron bizarramente y le obligaron á retirarse. Fernando fué llamado á Hungría: volvió á empezar la guerra contra Zapolya, y negoció la paz con Soliman. Pero éste reclamó toda la Hungría y la invadió de nuevo con un poderoso ejército, después de haber hecho una alianza con Francisco I, rey de Francia. Carlos V reunió numerosas tropas en Alemania para dirigirse á su encuentro; Soliman no quiso aceptar la batalla y se retiró Constantinopla. Consintió en hacer la paz con Fernando de Austria, que se vió obligado, sin embargo, á compartir la Hungría con Zapolya, y á reconocer la soberanía del sultán para la parte que se reservaba él mismo.

La conquista de Ródas le era necesaria á Soliman para asegurar la dominación turca en las posesiones que tenía en el Asia Menor, en Grecia y en el Archipiélago, cuyas posesiones eran inquietadas por los caballeros de San Juan, dueños de dicha isla, que habían rechazado un ataque de Mahomet II. Soliman dirigió contra Ródas un ejército de 300.000 hombres, y una flota de 300 navíos. Los caballeros se defendieron largo tiempo con heroico valor. Reducidos á un pequeño número, después de seis meses de sitio, obtuvieron una capitulación honrosa: la isla de Rodas fué incorporada al imperio turco. Los caballeros de San Juan se retiraron á los conventos que tenían en Europa, y el gran maestre, por mediación de Clemente VII, obtuvo del emperador Carlos V la isla de Malta, que fué el nuevo asiento de la orden. Continuó ésta haciendo la guerra á los turcos en el Mediterráneo. Soliman envió al fin de su reinado una flota numerosa para conquistar á Malta, pero fracasó la expedición, y al cabo de un sitio de cuatro meses se retiraron los turcos, habiendo perdido 20.000 hombres.

No habían podido los turcos establecer por completo su dominación en el Mediterráneo,

porque los venecianos les oponían fuerzas navales superiores. Soliman encontró un poderoso auxiliar en el célebre corsario Barbaroja, que se había hecho dueño de Túnez y de Argel, y muy célebre por sus hazañas en el mar. Nombróle almirante de toda la flota turca; pero no pudo impedir que Carlos V se hiciera dueño de Túnez. Barbaroja fué encargado de hacer la guerra á los venecianos: la isla de Corfú le resistió, pero se apoderó de muchas islas que los venecianos tenían en el mar Jónico. Estos fueron vencidos en un combate naval cerca de Prevesa, y obtuvieron la paz cediendo á los turcos muchas islas en el Archipiélago, y dos puertos en las islas de Dalmacia. Estas conquistas aseguraron á los turcos la dominación en el Mediterráneo.

Juan Zapolya, que agregó á la Transilvania la parte de la Hungría que Fernando de Austria se había visto obligado á cederle, casó con la hija de Segismundo I, rey de Polonia. Murió poco tiempo después, dejando un hijo menor, y su viuda, la reina Isabel, llamó en su auxilio á Soliman contra Fernando, que reclamaba toda la Hungría. El sultán se apoderó de Buda y declaró la Hungría provincia turca; dió al hijo de Zapolya la Transilvania, reconociendo la supremacía del sultán. Fernando de Austria renunció á gran parte de la Hungría para obtener un armisticio. Se apoderó de la Transilvania y esto renovó la guerra. Durante ocho años la Hungría fué devastada por los turcos. Se hizo la paz y los turcos conservaron gran parte de sus conquistas. Juan Segismundo, hijo de Zapolya, agregó también por este tratado provincias húngaras á la Transilvania, sin tomar, sin embargo, el título de rey. Maximiliano II, hijo y sucesor de Fernando, quiso restablecer su autoridad en Hungría; Soliman acudió en auxilio de Juan Segismundo con un numeroso ejército. Murió mientras sitiaba la ciudad de Sigeth, bien defendida por el bravo Zriny. Los turcos se apoderaron de ella, sin embargo, después de la muerte de Soliman, pero no encontraron en ella más que ruinas. Soliman llevó sus armas victoriosas hasta el Tígris; pero las comarcas que había sojuzgado no le permanecieron fieles: después de la retirada de



Los turcos, el shah de Persia restableció su autoridad. Soliman I dejó el trono á su hijo Selim II, príncipe avaro y cruel, que hizo perecer á sus dos hermanos y se dejó dominar por su visir Mahomet Sokolli. Este hizo la paz con el emperador Fernando I y envió una flota contra la isla de Chipre. Los venecianos, á quienes pertenecía esta isla, se dirigieron al papa Pio quinto, que indujo al rey de España Felipe II á unir su flota á la de la república. El mando de estas fuerzas marítimas se confió á D. Juan de Austria, quien ganó la célebre batalla de Lepanto, en la cual destruyó completamente la flota turca. El ejército cristiano atribuyó este brillante éxito á la protección de la Virgen Santísima, á quien había invocado en lo más recio del combate, y el papa instituyó en memoria de este suceso la gran fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Esta victoria dió un golpe funesto al poder de los turcos, que no llegaron jamás á recobrar su supremacía en el mar. Bajo el reinado de Murad III, hijo y sucesor de Selim progresó rápidamente la decadencia del imperio turco; los genizaros se hicieron poderosos, é impusieron en lo sucesivo por la fuerza de las armas su voluntad á los sultanes. Los turcos continuaron, sin embargo, la guerra en Hungría y contra los persas. Mahomet III, hijo y sucesor de Murad, continuó el género de vida indolente y lujurioso de la mayor parte de sus predecesores; se encerró en su serrallo y murió en la flor de su edad á consecuencia de sus excesos.

El imperio turco declinó rápidamente. Ahmet I, sucesor de Mahomet III, tuvo que hacer con el emperador una paz, por la cual renunciaba á una gran parte de la Hungría y al tributo anual que los sultanes sacaban de este país desde Soliman I.

A la muerte de Ahmed I sucedieron seis años de sangrientas guerras civiles para la sucesión al trono. Los genizaros dieron la diadema á Murad IV, niño de doce años. Cuando estuvo en edad de reinar, sólo se distinguió por los crímenes más atroces. Sin embargo, tuvo un buen éxito en una guerra contra la Persia; se hizo dueño de la ciudad de Bagdad é hizo asesinar á una gran parte de los habitantes. Su

hermano y sucesor Ibrahim se entregó á los más vergonzosos desórdenes, y se hizo tan odioso que los genizaros le asesinaron en el octavo año de su reinado. Las guerras que los turcos tuvieron que sostener contra los emperadores de Alemania, los polacos y los rusos, les hicieron perder muchas de sus más bellas provincias de Europa.

Entre los pueblos de la antigüedad la navegación estaba limitada al Mediterráneo, á las costas del Océano Atlántico y al litoral y á la costa del mar de las Indias. Sin medios para orientarse, se veían precisados á mantenerse en la proximidad de las costas ó á dirigirse de una isla á otra. Lo mismo sucedió en la Edad Media. La extensión de la dominación de los árabes dió nuevo vuelo al comercio marítimo. Las cruzadas contribuyeron igualmente á extender el comercio europeo, que estaba en manos de las grandes repúblicas italianas Venecia, Génova y Pisa; la liga anseática tenía el monopolio del comercio en el norte de Europa, y el de la navegación en todos los mares septentrionales. Ningun pueblo había intentado explorar el grande Océano, á pesar del gran desarrollo de la marina. La brújula, que apareció por primera vez en el siglo XII, sin que se sepa en dónde ni por quién fué inventada, produjo grandes cambios en la navegación. Con ella los navegantes no tuvieron que temer ya el no poder volver á encontrar el camino de la patria, y comenzaron á alejarse de las costas.

Los primeros viajes se dirigieron á las costas de Africa. A fines del siglo XIII y primera mitad del XIV, los genoveses, los venecianos, los portugueses y los españoles exploraron la costa de Africa y descubrieron las islas Canarias. Al principio del siglo XV, los reyes de Portugal hicieron ejecutar viajes regulares á lo largo de las costas de Africa, y desde esta época datan los grandes descubrimientos marítimos. Los españoles entraron en este camino al fin del siglo XV, los holandeses á fines del siglo XVI y los ingleses á principios del XVII. Las conquistas de los franceses en las Indias tuvieron lugar en el curso del siglo XVII.

El príncipe Enrique, hijo de Juan I, dió gran impulso á los grandes descubrimientos en Afri-



Estad. tip de J. A. Muñoz

BATALLA DE LEPANTO



ca, y sus contemporáneos le dieron el sobrenombre de *el Navegante*. Prosiguió sus proyectos durante cincuenta años y conquistó á Ceuta en Africa, llevó sus viajes hasta cerca del Ecuador, descubrió y colonizó la isla de Madera, las Azores, Cabo Verde. El papa Martino V le hizo donación, á propuesta suya, de todas las conquistas que hiciera en Africa. Despues de Enrique continuaron los viajes de descubrimientos y se concibió el proyecto de dar la vuelta al Africa para llegar á las Indias. Bartolomé Diaz hizo una expedicion hasta la extremidad meridional del Africa; pero habiéndole obligado á volver las tempestades, llamó á este promontorio *Cabo de las Tormentas*, nombre que Juan II de Portugal cambió en el de *Cabo de Buena Esperanza*. De este modo se encontró descubierta el nuevo camino para ir por mar á las Indias, cuyo descubrimiento debia tener inmensos resultados.

Vasco de Gama ejecutó el primer viaje por mar á las Indias, con tres naves tripuladas por 160 hombres y suministradas por el rey Manuel. Dobló el Cabo de Buena Esperanza y llegó á Calcuta; volvió al cabo de dos años. Entonces se envió una nueva escuadra á las Indias, al mando de Cabral, compuesta de trece navíos. Cabral hizo rumbo al Oeste para evitar los peligros de la costa africana y abordó al Brasil, del cual tomó posesion para su soberano, sin que se fijára en él. Llegó á Calcuta é hizo un tratado de paz con el rey ó rayah indio; trajo grandes riquezas á Portugal. El rey Manuel confió una nueva flota á Vasco de Gama, que fundó en las Indias el primer establecimiento portugués, é impuso un tributo á muchos príncipes indios. Francisco Alburquerque y su hijo Alfonso, que recibió el sobrenombre de Grande, fueron los que extendieron y consolidaron la dominacion portuguesa en las Indias. Alfonso fundó un vasto reino portugués en las Indias, que comprendia desde el Indo hasta los golfos Pérsico y de Arabia y todas las costas de Africa. La ciudad de Goa fué la capital. Alfonso fué destituido por las intrigas de sus enemigos en la córte de Portugal; murió de pesar, y su muerte sumió á la India en triste duelo.

La dominacion portuguesa se extendió hasta la China y el Japon; duró en las Indias siglo y medio. Hasta principios del siglo XVII conservaron el monopolio del comercio oriental; conservaron y afluyeron inmensas riquezas á Lisboa, que llegó á ser una de las primeras ciudades comerciales de Europa. Llevaron el Evangelio á las Indias, y ayudaron á fundar en ellas misiones importantes. San Francisco Javier evangelizó estas comarcas durante diez años. Los jesuitas continuaron la obra comenzada por uno de sus santos fundadores. Gracias á su celo, el cristianismo hizo grandes progresos en la China y penetró en el Japon, en donde se hizo pronto floreciente. La decadencia del poder portugués en la India acarreó la de la religion cristiana. Tuvo por principal causa el gobierno arbitrario y tiránico de los vireyes portugueses. Estos no pensaban más que en enriquecerse, y como ordinariamente no desempeñaban el cargo más que tres años, se valian de medios violentos para realizar su propósito, y provocaban por este motivo en el seno de la poblacion indígena insurrecciones que destruyeron la dominacion portuguesa. La segunda causa es la desmoralizacion y el lujo de los portugueses establecidos en la India. La conducta de los europeos, no obstante la religion cristiana de que hacian alarde, la hicieron odiosa á los indios. Por último, la tercera causa de esta decadencia, son las conquistas de los holandeses y de los ingleses, que en el curso del siglo XVII suplantaron á los portugueses y á los españoles en las Indias, y en ellas dominaron sucesivamente.

Mientras los portugueses proseguian sin descanso sus descubrimientos en Oriente, un hombre de génio, dotado de un carácter enérgico y de una gran fe en la verdad de sus concepciones, abria un nuevo mundo al cristianismo y á la civilizacion. Cristóbal Colon era natural de Génova; habia estudiado las observaciones geográficas hechas por los antiguos, y habia adquirido la certidumbre de que la forma de la tierra era la de un globo, y que por consiguiente, partiendo de las costas de Europa y dirigiéndose hácia el Oeste, se llegaria igualmente á las Indias. Este camino le parecia ofrecer